

Civilización (occidental y cristiana) y barbarie (peronista) en Oriente Medio: una lectura de dos crónicas de viaje de Manuel Mujica Lainez¹

Diego E. Niemetz

(Universidad Nacional de Cuyo – Conicet– Argentina)

A menudo el viajero-escritor recrea en el sitio de destino las categorías ideológicas que trae consigo desde su nación de origen. Axel Gasquet, al estudiar el orientalismo argentino del siglo XIX y comienzos del XX ha demostrado que incluso cuando los requerimientos que generan el acercamiento puedan ser diferentes con el transcurso de los años, esas visiones siempre: “son pura representación imaginaria del Oriente, más que conocimiento acabado de su realidad concreta. Y dicha

¹ Una redacción previa de este trabajo, bajo el título “Manuel Mujica Lainez en Turquía e Israel: un aporte para el estudio del orientalismo argentino en el siglo XX”, fue leída en las jornadas “El Orientalismo en América Latina: ¿una visión y un discurso propios de occidente?”, que tuvieron lugar en el mes de junio de 2011 en la Ciudad de Buenos Aires.

representación del Oriente dice más sobre la propia cultura que produce el motivo oriental que sobre su objeto de estudio” (GASQUET, 2007, p.16).

A lo largo de su trabajo Gasquet pone de manifiesto la manera en que los viajeros argentinos subdividían el Oriente en dos zonas: por una parte la del Extremo Oriente y, por la otra, la del Oriente Medio. Esta delimitación, aceptada apriorísticamente como un bloque del *sentido común*, respondía a prejuicios socio-culturales en los que las expectativas de desarrollo que se tenía sobre el propio país jugaban un rol determinante. En efecto, podemos recordar que Pierre Bourdieu entiende por *sentido común* los bloques de ideas generalizadas que son enarboladas y sostenidas a partir de un pensamiento que él denomina sustancialista:

El modo de pensamiento sustancialista que es el del sentido común –y del racismo– y que conduce a tratar las actividades o las preferencias propias de determinados individuos o determinados grupos de una sociedad determinada en un momento determinado como propiedades sustanciales, inscritas de una vez y para siempre en una especie de *esencia biológica* o –lo que tampoco mejora– cultural (BOURDIEU, 1997, p. 15. Cursivas en el original).

Sobre esa dinámica intelectual descripta por Gasquet se instauraba, entre los viajeros, una división maniquea de la extensa región, según la cual la zona extremo oriental era objeto de admiración y veneración. El Japón representaba, gracias a una concepción estereotipada de su realidad contemporánea y de su historia milenaria, la síntesis perfecta entre la tradición, el espiritualismo y la modernidad deseables a la hora de pensar en el camino que debía tomar la Argentina. En tanto, la zona africana y de Oriente Medio, siempre según el mismo crítico, era para los autores algo así como un espejo invertido en el que podía leerse la advertencia acerca del camino que no se debía seguir. La región arrastraba, también estereotípicamente, toda la carga negativa de retraso y brutalidad que era imperioso desterrar de la Argentina para lograr su desarrollo o, mejor aún, para civilizarla.

Como mencionamos antes, las consideraciones de Gasquet están elaboradas fundamentalmente teniendo como paradigma algunos escritores representativos del siglo XIX y en su estudio puede observarse

cómo campea permanentemente, en la mayoría de los casos abordados, la dialéctica introducida por el esquema de civilización y barbarie. Efectivamente, no resulta difícil observar cómo está inscripto, en el origen mismo de los juicios de muchos de los viajeros, el ideograma de civilización y barbarie² de tanta prédica entre la intelectualidad argentina.

En las páginas que siguen nos proponemos estudiar un ejemplo sobre cómo, ya avanzado el siglo XX, se aprecia una mirada igualmente prejuiciosa, “sustancialista” para utilizar el término bourdeseano, en el escritor Manuel Mujica Lainez quien fuera un infatigable trotamundos a lo largo de su vida y gran cronista de esas experiencias. En ese sentido vale la pena recordar que Mujica publicó bajo el título de *Placeres y fatigas de los viajes. Crónicas andariegas* dos tomos en los que recopiló los textos que él consideraba más representativos de su producción crónica. Justamente en la nota introductoria a la primera parte de esa antología el autor da una clave sobre cuál debería ser el interés interpretativo para acceder a los textos:

361

Pero si el lector es verdaderamente avisado y sutil convendrá en que su interés [el de las crónicas] deriva de quien los compuso, más que un periodista ha sido un escritor y muestran, a lo largo de tantas páginas, cómo se fueron enriqueciendo su imaginación y su saber en contacto con gentes y lugares variadísimos, para mayor nutrición y diversidad de sus sucesivas obras. En ese sentido, creo yo, así como las mencionadas crónicas serán útiles para el público en general al incitarlo, si es posible a la maravilla de viajar aprendiendo, lo serán especialmente para el que se inicia en el camino del arte y de las letras, el cual hallará aquí, espero, motivos de meditación acerca de los vínculos surgidos entre la inspiración estética y los tesoros que le brindará la vida ocasionalmente trashumante (MUJICA LAINEZ, 1984 p.7-8).

Este programa de ampliación de los límites intelectuales a través del viaje, no siempre se vio confirmado en la práctica. Con la finalidad de analizar la manifestación de la dinámica *sustancialista* o, lo que es igual, del *sentido común* de la clase a través del individuo, nos proponemos considerar dos de las crónicas de su viaje de 1960 que abarcó, entre

2 Para un análisis de cómo el par antinómico funciona como ideograma y se inserta en una larga serie en la historia del continente puede consultarse *El realismo maravilloso: forma e ideología en la novela hispanoamericana* de Irlemar Chiampi (p.133-140).

otros destinos, Turquía e Israel. Como hemos venido adelantando, el análisis de esos testimonios nos permitirá poner en evidencia, por una parte, algunos aspectos que pueden aportar elementos para comprender al Mujica Lainez y a su sector del campo cultural (BOURDIEU, 1997) a través, por ejemplo, de la utilización de analogías que ocultan en su seno una elaboración ideológica más o menos compleja. En ese sentido, buscaremos insistir especialmente en el traslado de los moldes utilizados en la interpretación de la realidad vernácula para superponerlos sobre la de los países a los que Mujica Lainez visita. Por otra parte, el análisis de las crónicas seleccionadas también permitirá comenzar a destrabar un soterrado sistema argumentativo que a fuerza de repeticiones se ha vuelto invisible y que hace de Manuel Mujica Lainez un escritor sin banderías políticas ni ideológicas³.

Por último, hay que decir que nuestras observaciones servirán de complemento a las realizadas en un abordaje anterior donde, a partir del análisis de las crónicas de otro viaje que tuvo lugar dos décadas antes del que aquí nos ocupa, hemos subrayado el interés positivo que Japón y China despertaron en el autor de *La casa*⁴. En consecuencia, nos proponemos cerrar el ciclo y, en lo posible, dejar en evidencia el doble estándar con el cual Mujica encaró sus exploraciones del Oriente siguiendo la arbitraria lógica de la antinomia civilización y barbarie.

3 Así, por ejemplo, María Eva Carsuzán señalaba, al desentrañar las influencias del escritor, que “Si en la modalidad de Mujica Lainez priva, como en la de James, el propósito artístico, libre de ideologías de orden social o político, de tesis sobre el destino humano, la sustentación es la de un hombre a cuyo espíritu y sentimientos nada le es indiferente” (p. 49). Hay consideraciones de tenor similar en muchos de sus comentaristas

4 El trabajo se titula “Le voyage en Orient de Mujica Lainez et la tradition orientaliste argentine”. Las crónicas consideradas en ese trabajo fueron todas publicadas en *La Nación* entre abril y agosto de 1940: “Visita a Nikko” (7/4/1940, p. 2), “Las perlas cultivadas” (28/4/1940, p. 10), “Paradojas niponas” (26/05/1940, p. 16), “Nara. Templos y máscaras” (09/06/1940, p. 10), “Perfil del último hijo del cielo” (23/06/1940, p. 10), “Tren de oriente” (14/07/1940, p. 4) y “Carnet de Oriente” (11/08/1940, p. 2). Todas ellas, con excepción de “Paradojas niponas” y “Carnet de Oriente” fueron publicadas en la antología *El arte de viajar. Antología de crónicas periodísticas (1935-1977)*. Para otro análisis del mismo viaje véase también: Lila E. Bujaldón de Esteves, “Otro escritor argentino en el Lejano Oriente: Manuel Mujica Lainez (1910-1984)”, en: *Actas de las Terceras Jornadas Nacionales de Literatura Comparada*. Vol. I. AALC, Comunicarte, Córdoba, 1998, 363-378.

“Visión del Antiguo Oriente en Constantinopla”⁵

La influencia de la literatura y del arte orientalista, como mediadores entre Occidente y Oriente, es un punto de partida válido para estudiar el acercamiento de Mujica Lainez a Turquía. En Estambul, y después de recorrer la ciudad y de enumerar algunas de sus atracciones más célebres tales como el bazar techado y el museo arqueológico, el viajero termina por afirmar maravillado que:

Las mil y una noches no mienten. Aquí están las cimitarras espléndidas; el casco increíble del conquistador de Bagdad; los cofres de oro, los rosarios de ámbar, los ropajes, los oranes encuadrados con alhajas. Aquí están también los patios a los cuales dan sombra los negros cipreses; las carrozas que evocan las acuarelas románticas de Constantin Guys; los divanes de los visires (MUJICA LAINEZ, 1984, p. 47).

No duda en lamentar la europeización de Turquía debida a las reformas de Kemal Atatürk que han acabado, siempre según el cronista, con buena parte del encanto pintoresco del lugar. Es decir, el cliché y el prejuicio prevalecen por sobre la realidad circundante e influyen negativamente en la descripción de la región. Mujica ha arribado con una idea formada de cómo debería ser el lugar y, al no hallar todo tal cual lo imaginaba, se produce en él una decepción que pasa por alto los avatares de un profundo proceso político que había comenzado casi cuarenta años antes: “El viajero no puede dejar de repetirse que esta gente se sentiría bastante más cómoda y quedaría bastante mejor si hubiera conservado los atuendos tradicionales. Esta gente tiene cara de fez y cara de velo (MUJICA LAINEZ, 1984, p. 47).

A pesar de referirse aquí a la precaria situación económica del país y de la mayor parte de la población, lo que se deriva de estas reflexiones es que para el cronista los turcos de carne y hueso son antes un elemento animado del paisaje que seres humanos con los cuales se pueda establecer una relación empática profunda. A los efectos estéticos de su viaje, sería más positivo encontrar el lugar en el retraso material

5 La crónica está fechada el 7 de julio de 1960 y fue publicada con el título “Visión del Antiguo Oriente en Constantinopla de hoy” en *La Nación*, el 21 de septiembre de 1960 y reeditada en libro bajo el título “Visión del Antiguo Oriente en Constantinopla” en *Placeres y fatigas de los viajes: Segunda parte*, p.46-48. Todas las citas hacen referencia a esta edición.

que seguramente poseía en épocas del sultanato.

Pocas líneas después, Mujica, nos brinda un excelente ejemplo de la compleja operación auto y hetero-imagológica que implica en ocasiones el orientalismo. Ignorando, como decíamos con anterioridad, el largo y complejo proceso abierto con la creación de la República, informa al lector que la revolución de Gürsel, ocurrida unos meses antes de su estadía en Turquía: “echó por tierra a un sistema semejante al que sufrimos en nuestra patria durante la *segunda tiranía*, y sus consecuencias son semejantes también a las que hemos heredado de los despilfarros de Perón” (MUJICA LAINEZ, 1984, p. 48, la cursiva es nuestra).

364

En este pasaje es perfectamente visible el *background* ideológico del autor puesto que la analogía establecida es, en realidad, una proyección subjetiva que lo vincula indefectiblemente con una tradición argentina que, desde Sarmiento:

nunca tuvo la pretensión de realizar un estudio ecuánime de la cultura musulmana, ni de otras culturas orientales. Por el contrario, las lecturas orientalistas europeas sólo le interesaban en la medida que éstas podían aportarle un acerado instrumento histórico y político para concebir la barbarie local (GASQUET, 2007, p. 74).

La consideración del movimiento peronista en los términos que utiliza Mujica, quien había sido funcionario de la Revolución Libertadora, es compartida con todo un sector (que tiene al grupo *Sur* como su manifestación paradigmática) que se mostraba progresista en el arte pero conservador en materia política y económica. En efecto, el ala liberal que desde el siglo XIX había hegemonizado el dominio del campo intelectual pero que lentamente iba siendo desplazado de ese lugar de privilegio por un complejo entramado de izquierda⁶, vivió la irrupción del peronismo y de lo popular en la vida político-cultural de la Argentina como una verdadera afrenta. Para comprender la percepción que tenían sobre el asunto y las alineaciones estratégico-simbólicas que establecieron, basta recordar el cuento “La fiesta del monstruo” escrito

6 Al respecto puede consultarse el libro de Silvia Kurlat Ares *Para una intelectualidad sin episteme: El devenir de la literatura argentina (1974-1989)*.

conjuntamente por Jorge Luis Borges y Bioy Casares⁷. Esa ficción está concebida como una reescritura de “El matadero” de Esteban Echeverría, ambientada en tiempos de Perón. La constelación de sentido que queda así establecida excede, con fines claramente políticos, el ámbito de lo ficcional. Del mismo modo en que los románticos argentinos que fueron canonizados en la historia literaria oficial del país (“los proscriptos”, como los bautizaría Ricardo Rojas) son los que estructuraron sus obras en oposición al gobierno de Rosas, a quien llamaban “el tirano”; para la generación de *Sur*, heredera en sus gustos estéticos y en sus opciones políticas de aquellos unitarios-románticos-liberales⁸, era también necesario prestar combate en el ámbito de las letras y dejar constancia de lo que ellos veían como una nueva arremetida de la barbarie a través de la “tiranía peronista”. Aunque estas ideas deban morigerarse en el caso que nos ocupa, puesto que Mujica Lainez introduce la crítica de un modo marginal en su crónica y de ninguna manera es ese su objeto principal, aún así puede todavía observarse el modo en que proyecta sus experiencias en aquella región para fustigar al enemigo político.

Calificar al peronismo como segunda tiranía y comparar la Argentina post Perón con la realidad turca de aquellos años, supone una imitación anacrónica y acrítica del modelo sarmientino. Ese juicio, basado en la antinomia civilización-barbarie, peca de simpleza al pasar por alto los cambios profundos que el peronismo introdujo en la estructura social del país y que motivaron ricos debates intelectuales en la década del sesenta. De hecho, lo que revela su aparición en la crónica, es que se trata de un modelo válido para los lectores del diario *La Nación*⁹, es decir, para los sectores conservadores de la sociedad porteña. Al mismo tiempo, no podemos omitir mencionar que el juicio laineceano simplifica también la experiencia del pueblo turco y reduce

7 Rodolfo Borello apunta que el relato “fue escrito en 1947 y circuló en copias mecanografiadas. Se publicó por primera vez en *Marcha*, Montevideo, 30 de septiembre de 1955, más tarde fue reproducido por la sicalíptica (para la época...) revista *Adán*, (Buenos Aires, ¿1961?) y traducido al inglés. “Monsterfest”, en *Fiction*, 5, 1, 1977, págs.2-5” (Borello, 1991, p. 178-179, nota 2).

8 Para un testimonio de las simpatías liberales de Borges y Mujica Lainez y de la idea de continuidad que sostenían en relación con los unitarios decimonónicos, véase la conversación entre ambos en la que se declaran unitarios en el año 1977 (Vázquez, 1983, p. 161).

9 Para un testimonio de las simpatías liberales de Borges y Mujica Lainez y de la idea de continuidad que sostenían en relación con los unitarios decimonónicos, véase la conversación entre ambos en la que se declaran unitarios en el año 1977 (Vázquez, 1983, p. 161).

su camino hacia la democracia a una mera cuestión turística.

“Templos y reliquias en un viaje por Israel”¹⁰

El viaje de 1960 incluyó una estadía en Israel, espacio desafiante por su complicada realidad sociopolítica que, nuevamente, permite reflexionar sobre algunos aspectos del orientalismo laineceano. En efecto, el joven país constituye una frontera cultural en la que literalmente se enfrentan el Occidente y el Oriente, cada cual con sus marcas positivas y negativas respectivamente.

366

Allí Mujica aplica sus prejuicios sobre la Jerusalén dividida, sin hacer demasiadas indagaciones ni tener la oportunidad de conocer la contraparte. En el desafío que le plantea la ancestral ciudad, los moradores israelíes-judíos encuadran, casi siempre, dentro de las expectativas de la civilización deseable mientras los jordanos-musulmanes representan, en ese mismo esquema antinómico, la barbarie oriental y el enemigo:

Si me asomo al balcón de mi cuarto veo, próximas, las murallas de Jerusalén, entre rocas y cipreses. Detrás están los jordanos, los enemigos. De vez en vez, a pesar del armisticio, su intacto rencor se evidencia en tiros aislados, y si bien en la actualidad se los dijera más tranquilos, nunca se sabe qué puede suceder ni cuándo (MUJICA LAINEZ, 1984, p. 38).

Frente a declaraciones como esas, podría objetarse el hecho de que el escritor no explique de dónde obtiene su información, y por lo tanto sería pertinente preguntarse, si aquel es su primer encuentro con esa realidad, en relación a qué circunstancias o en función de qué parámetro se los “dijera más tranquilos” a los jordanos o por qué “nunca se sabe qué puede suceder”.

A la manera de sus predecesores decimonónicos, lo motiva

10 Para un testimonio de las simpatías liberales de Borges y Mujica Lainez y de la idea de continuidad que sostenían en relación con los unitarios decimonónicos, véase la conversación entre ambos en la que se declaran unitarios en el año 1977 (Vázquez, 1983, p. 161).

recorrer los lugares santos del cristianismo. La mayoría de ellos, sin embargo, se encuentran en manos musulmanas, lo cual implica, desde su perspectiva, un grave impedimento. Sus consideraciones en estos asuntos exceden a menudo el tono meramente informativo o descriptivo: “he estado en el emocionante aposento (hoy desnudo, pues no ha sido devuelto aún a los cristianos) donde Nuestro Señor presidió la Última Cena y que, transformado en mezquita durante el dominio turco, *sufre bajo ese disfraz infiel*” (MUJICA LAINEZ, 1984, p. 39, cursivas nuestras).

La personificación con la que finaliza la cita, agrega dramatismo a la secuencia descriptiva e introduce una apreciación sobre la dominación, esta vez de los turcos, en la región. En realidad, no es el aposento el que sufre sino el cronista, quien no soporta la realidad sincrética producto de las sucesivas dominaciones del territorio. Los términos en los que se plantea la situación, el sufrimiento y la impiedad que esa dominación suponen, coinciden con los argumentos que se utilizaron en otras épocas para dar comienzo a las denominadas guerras santas¹¹ y que todavía hoy son utilizados para alimentar el odio entre razas y religiones.

Más adelante puede confirmarse cabalmente que su aprecio por el Estado de Israel va de la mano de su grado de occidentalización frente a la zona árabe:

Bastante he captado ya, en la larga ruta que me trajo de Haifa a Jerusalén, para apreciar lo extraordinario del esfuerzo que cumple esta nación joven y viejísima a fin de ganar su derecho a la vida. Los cultivos tenaces vencen la aridez de la tierra sin agua, verdes valles se extienden donde había piedras duras. Para medir la importancia del empuje que permitió el prodigio no hay más que comparar estos sembrados, estas vides, estos árboles, con las regiones árabes limítrofes, grises, inhóspitas (MUJICA LAINEZ, 1984, p. 40).

En el pasaje se contrasta abiertamente el impulso civilizador deseable, “extraordinario”, con la barbarie que representan las regiones árabes, siempre descriptas mediante adjetivos de carácter negativo que

¹¹ Debe recordarse, como dato interesante sobre la obra del autor, que en 1965, cinco años después de su visita al lugar publicará *El unicornio*. Gran parte de la acción de esa novela transcurre en la región, en época de la segunda Cruzada y narra las disputas por enmarcadas en un ámbito religioso por el dominio de los lugares sagrados

dejan de lado una serie de factores muy complejos. Aquí la antinomia sarmientina está casi literalmente traspuesta, tal y como aparece en *Facundo*, al encarnarse el término positivo, la civilización, en la construcción y desarrollo de centros urbanizados al estilo europeo, asociado por Mujica indiscriminadamente con la población israelí, mientras que el término negativo, es decir la barbarie, se representa con zonas no desarrolladas urbanamente y habitadas por culturas que, en muchos casos, todavía sostienen un modo de vida nómada.

Sin embargo, la zona israelí tampoco está exenta del peligro por lo que el cronista identifica, dentro de la población judía, las diferencias culturales que a su juicio deben neutralizarse:

368

A los problemas que suscita ese triunfo creciente de la civilización [el de los habitantes israelíes frente a los árabes] se suman los que proceden de una población dispar, fruto de inmigraciones opuestas, que obliga a los polacos, a los rusos, a los alemanes y a los sudamericanos a convivir con gentes de Asia y África que son, empero, sus compatriotas. Hay la barrera de los idiomas; hay la barrera de las costumbres (MUJICA LAINEZ, 1984, p. 40-41).

La civilización triunfante que entusiasma a Mujica es la que traen consigo los inmigrantes que proceden de Europa o, a lo sumo, los sudamericanos. La incorporación de los “compatriotas” asiáticos y africanos resulta una pesada obligación que debe conjurarse lo antes posible en “una amalgama que hoy se nos antoja difícilísima” (MUJICA LAINEZ, 1984, p. 41). La solución inmediata que observa el cronista vuelve a develar hasta qué punto está activo un modelo sarmientino en el que, para conseguir la complicada unidad Nacional, “ha de cooperar muy principalmente la universidad (...) que acoge por igual a individuos de orígenes distintos y de una sola bandera” (MUJICA LAINEZ, 1984, p. 41).

Es, por lo tanto, evidente que esa identidad y pujanza que Mujica alaba en Israel responde, en su imaginario, a lo que encuentra allí de la cultura europea antes que de judía en sí, ya que como él señala “paradójicamente, el espíritu religioso no parece ser aquí tan fuerte como en las colectividades judías del extranjero (...), [este] es sustituido

gradualmente por el que brota de la noción de tierra propia” (MUJICA LAINEZ, 1984, p. 41)¹².

Consecuentemente, en su opinión hay aún otro peligro que resulta tan difícil de conjurar o de comprender como el musulmán. Se trata de los judíos ortodoxos del Mea Shearim, el antiguo barrio jerosolimitano:

tan violentos, tan fanáticos, que siendo judíos no reconocen al nuevo Estado, pues no lo ha precedido la venida del Mesías que anuncian sus escrituras, y viven aislados, desdeñosos, entre sus calvas mujeres, arrojando piedras a los automóviles de los turistas cuando se arriesgan de noche hasta su barrio (MUJICA LAINEZ, 1984, p. 41).

Algunas conclusiones

Las dos crónicas analizadas permiten observar hasta qué punto una serie de premisas establecidas por los viajeros occidentales en general y por los románticos argentinos del siglo XIX en particular, siguen vigentes para un determinado sector de la intelectualidad argentina a mediados del siglo XX.

En primera instancia, hemos procurado poner de manifiesto el modo en que la realidad traspuesta sirve para criticar embozadamente aspectos del país propio antes que informar o comentar cuestiones del país al que se visita. Esto es un verdadero reflejo en el que se puede adivinar un complejo colectivo surgido de la traumática experiencia que significó el peronismo para el grupo social al que pertenecía Mujica Lainez.

12 Podría señalarse aquí que la mayor parte de los personajes de origen judío que aparecen en su obra de ficción son de carácter negativo y se apoyan frecuentemente en los estereotipos más difundidos desde el medioevo (y que en muchos casos tenían un origen eminentemente religioso). Sólo para recordar los ejemplos más ilustrativos, podemos mencionar la recurrencia de la leyenda sobre el Judío Errante, que constituye el tema central del cuento “El vagamundo” (*Misteriosa Buenos Aires*) y que también aparece mencionado en *El laberinto* y en *El Unicornio*. También es identificable el estereotipo del judío como misántropo, que se dedica al negocio de la usura y que procura el mal a los cristianos, en el cuento “El espejo desordenado” (que pertenece también al libro *Misteriosa Buenos Aires*). Finalmente, el estereotipo físico está presente en una de sus últimas novelas, *Sergio*, donde las descripciones de Judith Aupick apuntan a identificar rasgos raciales con características físicas de una persona, en este caso fundamentalmente en relación con la forma de la nariz de la mujer.

En segundo lugar, la visita a Israel deja en claro algunas cuestiones que tienen que ver con la cultura occidental, europea y cristiana, de la cual los intelectuales argentinos se sienten deudores. Esto se hace evidente, de manera inmediata y transparente, en el desagrado que siente por los habitantes de origen musulmán. Ellos representan el retraso y la incompatibilidad. Asimismo, el mosaico cultural que representa la población judía es tan complejo que sus herramientas conceptuales le resultan insuficientes para aprehenderlo. De esa manera, los judíos provenientes de zonas no civilizadas de acuerdo con las normas europeas, como África o Asia, implican un problema que debe ser asimilado con rapidez, mientras que los ortodoxos de Mea Shearim son tan indeseables y nocivos para la prosperidad de la región como los musulmanes.

370

No es nuestra intención sugerir que Mujica Lainez fuera totalmente reactivo a las culturas musulmanas o judías ya que, muy por el contrario, como atestiguan muchos de sus escritos era amante y estudioso de algunos aspectos las mismas. Sin embargo, es evidente que al describir la realidad que el viaje pone ante sus ojos está respondiendo a ciertas pautas establecidas por el sector dominante del campo cultural argentino, sin poder conscientemente tomar distancia del mismo para criticarlo a pesar de (o a causa de) su experiencia como viajero y de su trayectoria intelectual. En otras palabras, que el trotamundos que fue Mujica, tan sutil en otras ocasiones, no pudiera capitalizar sus vivencias anteriores y plasmarlas en una apertura cultural mayor, es una muestra elocuente de que ciertas premisas del orientalismo decimonónico señaladas por Axel Gasquet han permanecido activas durante el siglo XX.

Antes de finalizar, y para morigerar las conclusiones que puedan sacarse de estas observaciones, nos parece prudente insistir en el hecho de que en algunas de las obras literarias de Mujica Lainez se caracterizan por proponer la revisión de varios de los mitos sostenidos desde el discurso histórico-literario oficial acerca del mestizaje en la cultura del país¹³. Esta aclaración, que podría parecer contradictoria con

13 Hemos abordado estas cuestiones en los trabajos “La estética del Realismo Mágico en la obra temprana de Manuel Mujica Lainez” y “Mujica Lainez y los otros”. Allí consideramos especialmente la obra temprana del escritor y su valoración del sustrato indígena y africano. De esa base se podía desprender la idea de que el mestizaje era una elaboración original y entrañable de la cultura americana y que, por lo tanto, debía ser valorado y tenido en cuenta como foco identitario. Se trata, en cierto modo, de una línea de pensamiento que fue enarbolada por Enrique

respecto al punto de vista que hemos considerado, sirve no obstante para alertar sobre la necesidad de desarticular lo que a nuestro entender resulta un juicio crítico por lo menos apresurado, embargado él mismo por el *sentido común*, y a partir del cual suele subrayarse que la literatura de Manuel Mujica Lainez es un conjunto de textos superficiales¹⁴ y apolíticos¹⁵. Por el contrario, al mencionar tal concepción sobre el mestizaje, que discontinúa en cierto sentido la previsible adhesión de Mujica Lainez al esquema civilización-barbarie con su sesgo racista, católico y europeizante, buscamos resaltar la complejidad ideológica que entrañan las dinámicas del campo cultural que intentamos describir y el peligro teórico-deformante de simplificar excesivamente la percepción de esas dinámicas.

371

Al estudiar a Flaubert en *Las reglas del arte: génesis y estructura del campo literario*, Pierre Bourdieu anota que:

existir socialmente significa ocupar una posición determinada en la estructura social y estar marcado por ella, particularmente bajo la forma de automatismos

Rojas en ensayos como *Eurindia* y *El blasón de plata*.

14 Algunos críticos han insistido en la supuesta gratuidad y superficialidad de la producción del escritor. Podemos señalar, entre los ejemplos recientes más representativos, las impresiones que se desprenden de la *Breve historia de la literatura argentina* de Martín Prieto, donde se describe la literatura laineceana en los siguientes términos: “Más anacrónica que excéntrica, construida sobre estructuras narrativas convencionales y una prosa ‘de calidad’, la obra de Mujica Lainez, donde la alta pretensión estilística deviene manierismo y la sinestesia sólo un exceso de adjetivación, marca el sordo final –y no la actualización– del antiguo modelo modernista, licuados todos sus riesgos artísticos” (168). Conceptos similares pueden leerse en la novela *Respiración artificial* del escritor y crítico argentino Ricardo Piglia.

15 El supuesto apoliticismo del autor es uno de los argumentos más repetidos por los críticos afines ideológicamente a Mujica Lainez y se lo enarbola como prueba de su sutileza y de la trascendencia de sus intereses espirituales frente al materialismo de los escritores de la izquierda. Entre los ejemplos más importantes, podemos mencionar especialmente a sus dos biógrafos, Jorge Cruz y Oscar Villordo. Ya en los años cincuenta, la “pose” del apoliticismo fue una de las más criticadas por la generación de los parricidas en sus antecesores. En *Antiborges*, Lafforgue explica que la generación de *Contorno* fuera del rechazo que expresaba por las estructuras anquilosadas del comunismo y del socialismo clásicos y el peronismo, sentía sobre todo: “rechazo, disconformidad, distancia con el proyecto cultural de la generación de 1925, nucleada en torno a la revista *Sur*, con su modelo de intelectual despolitizado y presunto portavoz sereno ‘de un nivel más alto; lo espiritual’ (Victoria Ocampo); su literatura, caracterizada como pasatista, gratuita, en definitiva, estéril y su tradición crítica academicista y erudita” (51). En tanto, en un fragmento del film *La hora de los hornos*, se sostiene que Mujica Lainez es parte de “una elite híbrida, despersonalizada, siempre disfrazada de algo: de apoliticismo o de objetividad, de indiferencia o de inteligencia”. Como puede verse, en esta perspectiva el apoliticismo y la desideologización son claramente señaladas como posturas intelectuales engañosas.

verbales o de mecanismos mentales, y también depender, considerar y ser considerado, en resumidas cuentas *pertenecer* a unos grupos y estar inserto en unas redes de relaciones que poseen la objetividad, la opacidad y la permanencia del asunto (BOURDIEU, 1995, p.56).

Esa existencia es abolida real o ilusoriamente por la escritura, de modo que pueda lograrse la experimentación de una suerte de idealismo social que “supone la visión en sobrevuelo y el punto de vista absoluto del espectador soberano, liberado de la dependencia y del trabajo (...). Eternidad y ubicuidad, tales son los atributos divinos” (BOURDIEU, 1995, p. 56) que reivindica para sí el observador puro. Es, pues, en esa dualidad entre la presunta libertad absoluta durante la experiencia escrituraria y el determinismo del ámbito social, donde el estudio del orientalismo representa interesantes aportes, tal como hemos procurado demostrarlo con las crónicas de Manuel Mujica Lainez abordadas aquí.

BIBLIOGRAFÍA

BORELLO, Rodolfo. *El peronismo (1943-1955) en la narrativa argentina*. Ottawa: Dovehouse Editions Canada, 1991.

BOURDIEU, Pierre. *Las reglas del arte: génesis y estructura del campo literario*. Barcelona: Anagrama, 1995.

------. *Razones prácticas: sobre la teoría de la acción*. Barcelona: Anagrama, 1997.

BUJALDÓN DE ESTEVES, Lila E. "Otro escritor argentino en el lejano oriente: Manuel Mujica Lainez (1910-1984)". En: *Actas de las Terceras Jornadas Nacionales de Literatura Comparada*. Vol. I. AALC. Córdoba: Comunicarte, 1998, p. 363-378.

CARSUZÁN, María Emma. *Manuel Mujica Lainez*. Buenos Aires: Ediciones Culturales Argentinas, 1962.

CRUZ, Jorge. *Genio y figura de Manuel Mujica Lainez*. Segunda edición. Buenos Aires: EUDEBA, 1996.

CHIAMPI, Irlemar. *El realismo maravilloso: forma e ideología en la novela hispanoamericana*. Caracas: Monte Ávila Editores, 1983.

GASQUET, Axel. *Oriente al sur: el orientalismo literario argentino, de Esteban Echeverría a Roberto Arlt*. Buenos Aires: EUDEBA, 2007.

KURLAT ARES, Silvia. *Para una intelectualidad sin episteme: el devenir de la literatura argentina (1974-1989)*. Buenos Aires: Corregidor, 2006.

LAERA, Alejandra. "Un hombre de mundo". En: Mujica Lainez, Manuel. *El arte de viajar. Antología de crónicas periodísticas (1935-1977)*. Selección y prólogo de Alejandra Laera. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2007.

LAFFORGUE, Martín (comp.). *Antiborges*. Buenos Aires: Vergara, 1999.

MUJICA LAINEZ, Manuel. *Cuentos completos*. Buenos Aires: Alfaguara, 1999.

_____. *Placeres y fatigas de los viajes. Crónicas andariegas II*. Buenos Aires: Sudamericana, 1984.

NIEMETZ, Diego. "Le voyage en Orient de Mujica Lainez et la tradition orientaliste argentine". En: Jean-Pierre Dubost et Axel Gasquet: *Les Orients désorientés, Déconstruire l'orientalisme*. París: Éd. Kimé, 2013, p. 309-320.

_____. "La estética del Realismo Mágico en la obra

temprana de Manuel Mujica Lainez”. En: *Anales de Literatura Hispanoamericana*. n. 39. Madrid: Servicio de Publicaciones de la Universidad Complutense, 2010, p. 391-407.

_____. “Mujica Lainez y los otros”. Ponencia presentada en: 13th Annual Spanish Graduate Conference. El bicentenario: razones, incertidumbres y consecuencias transcontinentales en la literatura, la lengua y la cultura. Arizona State University, Tempe, marzo 2010.

PRIETO, Martín. *Breve historia de la literatura argentina*. Buenos Aires: Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, 2006.

RAAB, Enrique. “Diálogo con el novelista argentino Manuel Mujica Lainez. El fugitivo de El Paraíso”. En: *Página/12*, viernes 3 de febrero de 2006. Versión digital consultada el 10 de febrero de 2006: <http://www.pagina12.com.ar/diario/especiales/subnotas/62476-20644-2006-02-03.html>.

VÁZQUEZ, María Esther. *El mundo de Manuel Mujica Lainez*. Buenos Aires: Editorial de Belgrano, 1983.

VILLORDO, Oscar Hermes. *Manucho. Una vida de Mujica Lainez*. Buenos Aires: Planeta, 1991.